

por el Evangelio, dan lo mejor de sus personas para la realización de esa sociedad nueva que hoy comenzamos a vivir y celebrar en la esperanza" (Nuestro Compromiso Cristiano con los Indígenas y Campesinos de la Región Pacífico Sur, 80).

47. Puebla debe ser el aliciente y la palabra de aliento que nos anime a todos —pueblo y pastores— a continuar en el esfuerzo diario por dar concretización histórica a nuestra fe de cristianos. El camino está abierto y contamos con el apoyo autorizado de la Iglesia manifestado en esa magna Asamblea Episcopal.

IV. MENSAJE FINAL

48. Queridos hermanos de la Región Pacífico Sur: los obispos, sus servidores, imploramos de Dios Padre Todopoderoso que los colme de gracia en estas fiestas pascuales "para que sin temor, libres del poder de los enemigos, le sirvamos en santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días" (Lucas, 1, 74s).

49. Sepan que "la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo están con ustedes" (Saludo Inicial de la Misa). Pero sepan además que en los momentos de "dolor y angustia" que vive nuestro pueblo como una permanente cuaresma, la voz del Vicario

de Cristo en la Tierra y las palabras de los obispos latinoamericanos resueñan como buena nueva de liberación total y como prenda de garantía de que así como Cristo, nuestra cabeza, venció el mal, también nosotros lo venceremos: "El Papa y la Iglesia están con vosotros y os aman" (Juan Pablo II, Discurso a los Indígenas en Cuilapan, 5).

50. No podemos terminar nuestro Mensaje Pascual sin invocar a quien es "Estrella de la evangelización" (Juan Pablo II, Carta al Consejo de Presidencia de la III Conferencia Episcopal Latinoamericana). Que Ella "la pobre de Yavé" por excelencia, nos alcance entender que "la salvación de Dios tiene que ver con la justicia hacia los pobres" (Puebla, Opción Preferencial por los Pobres, 908); que de Ella "parte también el compromiso auténtico con los demás hombres, nuestros hermanos, especialmente por los más pobres y necesitados, y por la necesaria transformación de la sociedad" (Juan Pablo II, Discurso en Zapopan).

Por eso nos afianzamos en la esperanza de que todos los cristianos y todos los hombres de buena voluntad conjuntamos infatigablemente esfuerzos y aunemos acciones para que nuestra comunidad humana resucite en la historia hacia una sociedad fraterna que apresure el advenimiento de la futura y definitiva Pascua. □

ACTO DE SOLIDARIDAD CON EL PUEBLO DE NICARAGUA

PALABRAS DE PBRO. JUAN VIVES SURIA PRESIDENTE DE FUNDALATIN

Compañeros, amigos, hermanos:

Voy a hablar en nombre de FUNDALATIN — Fundación Latinoamericana por los Derechos Humanos — y del Programa Venezolano Pro-Refugiado Latinoamericano. También quisiera hablar interpretando el sentir de los diversos movimientos y grupos de cristianos de base que trabajan hoy en Venezuela y en muchos lugares del mundo por la liberación integral de nuestros pueblos. No voy a hablar como "un cura"; quiero decir —y que me perdonen algunos de mis colegas—, largo y sermoneador. Pero sí como cura, como sacerdote; quiero decir, no como un político. Y no porque la política sea mala. Al contrario. Sino porque no es ésta mi misión.

De todos modos... Sacerdocio y política, política y sacerdocio —cuando se identifican con el pueblo con un testimonio de vida—, son dos vocaciones extremas dentro del mismo organismo social. Y resulta que los extremos se tocan, y se encuentran: en Dios, en el hombre, en la sociedad.

La política es sagrada. Es la teología del hombre, socio de Dios, para hacer el bien común, para hacer una sociedad justa, sin explotadores ni explotados.

El sacerdocio forma parte de la política y de la sociología de Dios para construir en la Eucaristía —acá en la tierra— una sociedad de hermanos: fraterna, solidaria y justa. O si no, no tendría sentido la Eucaristía. Sería una trampa, una estafa, una droga.

No es tan raro, pues, amigos, que un cura hable hoy aquí de cosas que, para algunos todavía, son extrañas al sacerdocio y al templo. Pero resulta que el templo no son las paredes. El templo son ustedes. El templo es el pueblo de Dios. No un Dios burgués, amigo de explotadores; sino el Dios Liberador de la Biblia, que acompaña a su pueblo en la lucha...

Este templo de Dios —su propio pueblo, el cuerpo de Cristo—, hoy se destruye, se asesina, se apresaa, se tortura, se exilia... Por los nuevos Herodes al servicio de la Danza de Herodías y de los millones del Faraón. Y por ser faraones y querer ser dioses, se hacen Caínes matando al hermano, al justo Abel, al pueblo latinoamericano, al pueblo de Nicaragua, de El Salvador, Guatemala, Haití, Argentina, Brasil, Chile, Paraguay, Uruguay...

Y Dios pregunta a los Caínes y a los que se hacen el loco o se lavan las manos como Pilatos: ¿Dónde está tu hermano? ¿Dónde están los muertos, los desaparecidos, los presos y torturados de Nicaragua y del Continente?

Compañeros, amigos, Hermanos: no podemos ser indiferentes en esta lucha a muerte contra el cuerpo del Señor, su propio pueblo, masacrado hoy en Nicaragua por los Nerones de ayer y los Pilatos de hoy y de siempre, que están al servicio del Emperador romano y de la internacional del dinero; y todavía se atreven a autoproclamarse de-

servidores de la civilización occidental y cristiana, apoyados algunas veces por Anases y Caifases... Cristo está en juego, y con El, su pueblo, y hoy más en particular, el pueblo de Nicaragua. Allí se está jugando y se está sorteando entre la soldadesca pretoriana, la túnica inconsútil de Cristo, la túnica de la dignidad y de la libertad de Nicaragua y de todos nuestros pueblos...

Amigos: Hoy yo quisiera poder ser voz de los que no tienen voz. Y tengo toda la voluntad, pero no tengo toda la voz. Entonces, voy a buscar las voces de otros que tienen más voz que la mía. Son voces que resonaron hace poco en Puebla de Los Angeles, de la hermana México. Voces de varios obispos latinoamericanos, venezolano alguno de los promotores...

En su mensaje al Presidente de la Conferencia Episcopal de Nicaragua, Mons. Manuel Salazar, Obispo de León, le decían el 10 de agosto:

"Recordamos con profunda tristeza y santa ira, el dolor, los atropellos y la muerte de tantos hombres, mujeres, niños y jóvenes humildes y generosos, víctimas inocentes unos, ofrendados por la justicia y la libertad todos... La situación de Nicaragua ha estado muy presente entre nosotros, como ejemplo del martirio a que someten a los pueblos las tiranías de todo tipo. Pero en medio de tan gran pena e indignación por la injusticia y el dolor que viven, nos consuela el verlos a ustedes y, a su alrededor, a la Iglesia de Nicaragua, solidaria con el pueblo, como buenos pastores que no abandonan a sus ovejas... Esperamos vivamente que el sol vuelva a lucir en Nicaragua, y que el fragor de la guerra se convierta en el son de paz, de campanas y guitarras. Esperamos una Nicaragua nueva en la que el pueblo rija sus propios destinos, como expresión de igualdad entre todos, de participación solidaria, de independencia real, de solidaridad efectiva, con todos los pueblos hermanos..."

Como cura les dije que iba a hablar. Y como cura voy a concluir. Con una oración. Con la propia oración de la Virgen, de la cual es tan devoto el pueblo de Nicaragua y todo el pueblo latinoamericano. Pero no con una oración alienante y destructiva; sino una oración personalizante y liberadora: No la oración de una María blandengue y desleída, sino la de María, Madre de Cristo, prototipo de la mujer fuerte de la Biblia. Esta oración es el canto del Magnificat, que hoy quisiera entonar como sacerdote en este altar, con todos ustedes, con todo el pueblo venezolano y de América Latina, unidos a la oración salpicada de sangre y fuego del pueblo de Nicaragua: "Sacó a los poderosos de sus tronos, y puso en su lugar a los humildes. Repletó a los hambrientos de todo lo que es bueno y despidió vacíos a los ricos. De la mano tomó a Israel, su siervo, demostrándole así su misericordia. Esta fue la promesa que ofreció a nuestros padres, que reservaba a Abraham y a sus descendientes para siempre" (Lc. 1, 52-56). Así sea.